

SOLO el servilmente conformista puede en una dictadura desentenderse de la política.

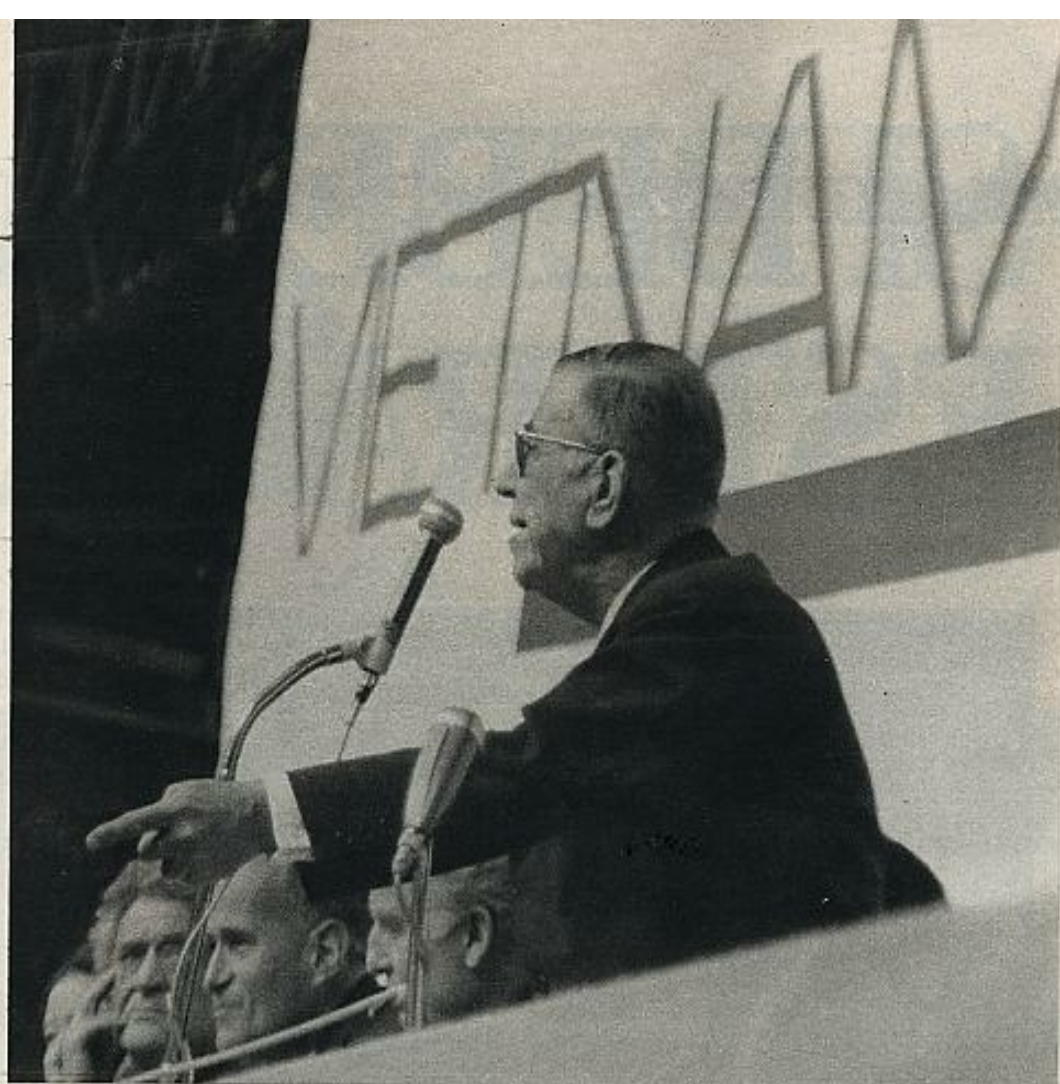
El poder despótico, al imiscuirse en cada una de las esferas sociales, las politiza todas. Librar de la influencia del poder al mayor número de parcelas, es decir, despolitizarlas, es el sentido último de una política democrática. La paradoja consiste en que para defenderse de la política —como presencia del poder— hay que hacer política —como organización consciente de la mayoría—.

La ambigüedad del concepto de política conlleva no pocas paradojas y contradicciones, que importa, sobre todo, no congelar dogmáticamente en el falso dilema: todo es política o nada importa la política. A la politización absoluta de fascistas y estalinistas corresponde el apoliticismo no menos absoluto de los anarquistas.

Lo grave es que la dictadura no deja otra forma de relación con la política que teórica o conspiratoria, y ambas tienden a su mistificación. El restablecimiento de instituciones democráticas, marcando por un lado límites precisos al poder del Estado; por otro, definiendo las reglas del juego que éste está obligado a respetar, contribuirá, sin duda, a despolitizar, es decir, a democratizar cada vez mayor número de esferas sociales. Frente al proceso de unificación, de homogeneización que supone la lógica del poder, la heterogeneidad, la diferenciación, la variedad, es la lógica de la democracia, que, en último término, aspira a acabar con el poder, repartiéndolo entre todos.

Sin instituciones democráticas no hay vida política posible, pero tampoco ciencias sociales y políticas y, en general, vida cultural creadora. Y si es mucho el terreno que hay que recuperar en la consolidación de hábitos democráticos de convivencia, no es menor el esfuerzo que habrá que desplegar para introducir actitudes cabalmente científicas en nuestras Universidades. El autoritarismo conservador produce, como reacción natural, un autoritarismo dogmático de sentido inverso. El intento de politizar la Universidad según las consignas dictadas por el poder trajo consigo una politización contraria que, al identificar ciencia y política, termina destruyendo a ambas.

Si la identificación plena de ciencia y política reactualiza una mentalidad preburguesa, en la que el poder se legitima por una visión global de la realidad, teológica o me-



Ejemplo de intelectual comprometido, Jean-Paul Sartre durante su actuación en el Tribunal Russell que juzgó los crímenes del Gobierno norteamericano en el Vietnam.

INTELECTUALES Y MILITANCIA POLITICA

tafísica, que se supone más allá de la discusión de los humanos —el poder absoluto reclama un saber absoluto—, la diferenciación radical entre ciencia y política, como si se tratase de estancos incommunicables, mónadas cerradas, cada una con su propia dinámica, corresponde a una mentalidad burguesa tardía, que rehúye plantear la cuestión de la legitimidad del poder, conformándose con su mero ejercicio. La política queda así reducida al excitante deporte de perseguir el poder, respetando las reglas del juego, así como la ciencia política a la observación y descripción de los grupos en liza. Desde esta perspectiva, cabalmente burguesa, sólo cabe bien entrar en el terreno de juego, haciendo política

profesional, bien recabar el papel de observador neutral que comenta los incidentes del encuentro, atreviéndose a facilitar un pronóstico sobre el posible resultado, en base a un análisis detallado de los datos recogidos.

Entre la identificación absoluta y absolutista de la ciencia y la política y su reducción empiricista a mero deporte, en el que no cabe más que jugar u observar el juego, todavía no hemos encontrado la relación adecuada que, como científicos de la política, hemos de tener con la política. Prueba de ello es el tipo de expectativas o de críticas que se vinculan a la toma de posición política en el que pretende ser científico. Para el reduccionismo de la burguesía tardía, el análisis

científico exigiria una neutralidad que queda cuestionada en cuanto el politólogo toma partido. En cambio, desde la pretendida unidad de la teoría y de la práctica, la toma de partido se interpreta como la adhesión plena a una política que se presenta como la realización histórica de la "teoría correcta".

Las dificultades para comprender la necesaria relación entre una posición política definida y el análisis científico objetivo, provienen, bien de una aceptación, sin ulterior reflexión crítica, de la concepción típicamente burguesa de la sociedad como un conglomerado de compartimientos estancos —el mundo empresarial, el mundo de la política, el científico-cultural—, cada uno con una

IGNACIO SOTELO

identidad propia y funciones específicas, y, en consecuencia, nada más recusable que intentar abrir ventanucos entre ellos, cuestionando así, implícitamente, la autonomía definitiva de cada una de estas esferas: qué horror si los políticos se metiesen en el mundo de los empresarios, o los científicos en el de la política. O bien, las dificultades resultan de una concepción leninista de la política, en la que el partido se eleva a la expresión fehaciente de esta pretendida unidad de la "teoría correcta" con la práctica oportuna. Entonces la ciencia se evapora en un saber absoluto, que pretende legitimar un poder absoluto.

Si insisto en diferenciar ciencia y política, consciente de los elementos dogmáticos y totalitarios que conllevan su identificación, no es para caer en el defecto contrario, postulando su tajante separación, como si la neutralidad fuera posible, y además deseable, en el tratamiento científico de la política. La separación tajante de ciencia y política refleja la concepción burguesa de una sociedad dividida en compartimientos incommunicables. Exigir una neutralidad política en el hacer científico supone imponer el actual orden social como el único y definitivo. Ni neutralidad ni identificación, sino participación crítica en el hacer político, distinguiendo en cada momento lo que es de lo que debiera ser. Pues, como advirtió Rousseau, no cabe prestar mejor servicio al tirano que identificar lo que es con lo que pudiera y debiera ser.

Que no cabe una neutralidad en cuestiones políticas, que el aparente apoliticismo de determinados científicos sociales no es más que una forma de comportamiento político, es cosa que el intelectual de izquierdas da por descontado. Pero una cosa es mostrar claramente las simpatías políticas, comprometiéndose en las luchas sociales que parecen justas, y otra muy distinta alistarse en un partido político, donde el intelectual, si es consecuente consigo mismo, no tendría nada que hacer, en cuanto su pertenencia le obliga a aceptar en público un programa y una política con la que de ningún modo puede identificarse. El intelectual, ocupado en cuestionar el mundo que le rodea, no estaría de acuerdo ni consigo mismo y menos con un partido. La función específica del intelectual es crear, cuanto menos ejercer la crítica, y ambas tareas sólo pueden llevarse a cabo en radical soledad y por cuenta propia.

Nos llevaría demasiado lejos discutir esta concepción individualista de la creación artística e intelectual, que, por otro lado, contiene su buena porción de verdad. Lo que importa ahora es evitar la tesis contraria: todo intelectual consciente y responsable terminará por militar en un partido. Tanto la incompatibilidad absoluta entre intelectual y militancia política, como el principio leninista de militancia extensible a la vida intelectual, parte de una concepción sacralizada del partido. Si el partido se concibe como el instrumento fundamental de transformación histórica, si se supone que encarna en la práctica la "teoría correcta", entonces sólo el intelectual que acepte estas "creencias" podría entrar en el partido, descalificándose comprensiblemente entre sus colegas. Renunciar a una relación crítica con la realidad supone la verdadera "traición de los clérigos".

Es preciso sacar del plano de los principios generales la actual discusión en torno a la militancia política de los intelectuales para replantearla en su verdadera dimensión: la de su oportunidad. Habrá casos en que parezca oportuna y hasta necesaria la militancia; otros en que no. Lo esencial, en todo caso, es que queden claros los siguientes puntos:

1. La obra intelectual no mejora, pero tampoco necesariamente empeora por el hecho de la militancia.
2. La pertenencia a un partido no significa un cheque en blanco para cualquier política que desarrolle el partido, sino también una forma de participación crítica y condicionada.

3. La misión del intelectual en el partido sigue siendo tan machaconamente crítica como, en principio, lo es en la sociedad.

Comparto la crítica generalizada en los medios intelectuales sobre la falta de democracia interna en los partidos, pero la respuesta apropiada no puede ser permanecer al margen, sino luchar desde dentro por su democratización. Difícilmente cabe descubrir otro horizonte esperanzador que el de la progresiva democratización de la sociedad y del Estado, y ello pasa por la democratización de los partidos. Parecerá ingenuo creer que nuestro afán de democracia prevalecerá sobre las fuerzas económicas, sociales y políticas dominantes, pero los hay que pensamos que, en fin de cuentas, sólo tienen sentido aquellas batallas que parecen perdidas de antemano. ■

**Deutsche Grammophon
anuncia su álbum inédito de
este mes y los discos novedad,
que Vd. puede adquirir con
un 50% de ahorro.**

JUNIO 78

ALBUM INEDITO

Edición limitada

**HAENDEL:
JUDAS MACABEO**

Janet Baker, J. Shirley-Quirk,
Felicity Palmer, Ryland Davies
Coro y Orquesta Inglesa
de Cámara
Charles Mackerras
Archiv 27 23 050 - 3 LP.



DISCOS NOVEDAD DEL MES

J.S. Bach: Cantatas de
Pentecostés BWV 34, 68, 175
Mathis, Reynolds, Schreier,
Fischer-Dieskau
Coro y Orquesta Bach de Munich
Karl Richter
Archiv 25 33 306

Beethoven: Concierto para violín
Pinchas Zukerman, O.S. Chicago.
Barenboim
D.G. 25 30 903

Chopin: Los 4 Scherzi y los
4 Impromptus
Roberto Szidon, piano
D.G. 25 36 378

Haydn: Sinfonías N.º 22
"El Filósofo", 23 y 24
Orquesta de Cámara de Praga
Bernard Klee
D.G. 25 30 885

Paganini: Concierto para
violín N.º 2 "La Campanella"
Salvatore Accardo, O.F. Londres,
Dutoit
D.G. 25 30 900

Tchaikovsky: Sinfonía N.º 4
O.F. Berlín, Herbert von Karajan
D.G. 25 30 883

Y TAMBIEN EN CASSETTE

J.S. Bach: Cantatas del Calé y Campesina
Mathis, Schreier, Adam
O. de Cámara de Berlín - Schreier
Archiv 33 10 269

Tchaikovsky: Sinfonía N.º 4
O.F. Berlín, Herbert von Karajan
D.G. 33 00 883

Todos los meses, Deutsche Grammophon le ofrece la posibilidad de adquirir su álbum inédito y las novedades del mes con un importante beneficio económico para Vd. Comprar el álbum inédito le da derecho a adquirir los discos novedad a mitad de precio. Por su carácter limitado, esta oferta se realiza exclusivamente a través de los establecimientos recomendados por Deutsche Grammophon, y durante el mes en que se anuncia.



Destaca la música